

ANTONIA CERRATO MARTÍN-ROMO

Santa Amalia

NUBE DEL DESIERTO (Estepicursor)*Para los desaparecidos de Ciudad Juárez*

Decimos desierto
y algo inmenso nos aprisiona;

porque sin agua, es muerte,
sin norte, es muerte,
el silencio, la maquila, un autobús, es muerte.

Decimos desierto
y un pájaro de luto nos tapa el horizonte
nos cierra los ojos, nos oculta la vida.

Aparecen, como la voladora,
sin un origen, espino rodante,
cñiéndose a tu cintura, muchacha juarense

y ya eres tú cachanilla hueca
tirada sobre la vacuidad de la arena;
traza entonces el aire
una cortina de esporas
que ya se colorea con tu juventud,
muchacha de Juárez.

Acaso un cactus arañe tu camisa
enarbolando la felonía, señalando el mapa,
o acaso los chamizos taponen
la entrada a la cueva y nunca vuelvas,
salsola errante.

Otra más, paisaje familiar que recorre
las calles de Juárez: una maromera sin nombre.

ANTONIA CERRATO MARTÍN-ROMO

Santa Amalia

PARA RAMÓN Y EL VERDE DE LA VIDA

Al pintor Ramón de Arcos Nieto-Guerrero

Te he preguntado por el verde.
Es el tinte de la vida, respondes.

La clorofila, sangre que bulle y nos
invita a la paz, salta de la primavera
al cuadro... Y la fuerza de la naturaleza
se derrama por tus pinceles.

Esos pigmentos aglutinados
termina envolviéndonos,
como recuerdo antiguo,
y aparecen, cual conjuro, las encinas.

La soledad, convertida en piedra,
nos explica a su manera, que es la tuya,
el lenguaje único de la luz y los colores
una tarde de septiembre
de verde olvidada... y en ocres ungida.

ANTONIA CERRATO MARTÍN-ROMO

Santa Amalia

POR UNA CESTA

Para Fernando Garduño, con mi gratitud y admiración por este camino recorrido, de la mano de la amistad y de la poesía

Hay en mi casa una cesta,
ahora con membrillos,
que se llena y se vacía de colores,
de sabores y aromas,
cuando las estaciones vierten su pregón.

Tiene todavía la memoria de las setas,
aquellas que su dueño le pidiera al bosque
y espléndido, aquél, le regaló.

Será por eso que ella sabe de generosidad,
de la lúcida conducta del hombre noble,
de la impagable bendición del amigo.

Me asomo, a veces, al fondo de su urdimbre
como al pozo antiguo de mi casa
y veo la cara sonriente de un muchacho
hecho como de guijarros y aceituna,
que me mira y me pregunta
¿qué será de nosotros
ese día que llaman del mañana?

Pongo mis manos sobre el mimbre de sus caderas
y el agua de un río que nos vio desnudos,
me baña de nuevo de nostalgias.

Me dice que fuiste amanuense, que a
los que atravesó el solano de la ignorancia
te pedían cartas para sus seres queridos:

allá la letra menuda de un infante
intentando ser abrazo y buenos deseos,
retorciéndose entre el humo de aquellos trenes
que se nos llevaban.

Te veo, como a luz de candil,
en un retrato hecho a golpe de querencias
apretado contra la casa de un pueblo
que como el mío, son tan nuestros,
tan nuestros como los nidos de gorriatos
o el gallo de la primera sandía,
tan nuestro como la desesperanza de los bancales
abandonados, o las enneas,
que nos empujan al duro barbecho.

Luego te me escondes,
entre las toallas con olor a espliego
que se reclinaban en el trincherero
como en oración, al son de la campana
encaramada a la torre de la iglesia que vigilaba
nuestros juegos, allá, en medio de la plaza

¿te acuerdas de las corujas
escondidas en el coro? ¿y de las cigüeñas
colgadas de la espadaña?

Las alas de los murciélagos eran redes
que atrapaban nuestros sueños.
Nos enseñó a cantar la fuente
mientras nos sentaba a esperar al futuro,
ese señor de todas las sendas.

¿De quiénes eran nuestros primeros poemas
cuando las estrofas se vertían
por el zócalo de algo tan precario
como nuestra anónima adolescencia?

¿De quién son ahora que nos hemos bebido
el tiempo a borbotones
en el pilón de tanta lucha baldía,
de tanto querer llegar
a esta ninguna parte?

¿O acaso era este el destino que debíamos querer?

Vuelvo a la cesta y aún resisten, amarillas,
las camuesas, y los limones a quienes hicieron sitio.
Vuelvo a las palabras de tus manos
pintadas en aleluyas para esta tarde de otoño
que muere, como rosa postrera.

Cargada de la última cosecha,
bendeciré el momento que se nos ungió
bates, con esta tierra sagrada de nuestra
provincia de extremo.
Y cuando la rueda nos muele
para hacernos carne dulce
recordaré a un muchacho, como de guijarro
y aceituna, junto a la cesta, ya vacía,
de membrillos...